

Sobre la proletarización del profesorado

Profesionalización versus desprofesionalización

Francisco Imbernón
Dpto. de Didáctica y Organización Escolar.
Universidad de Barcelona

EL DISCURSO SIMBÓLICO SOBRE LA PROFESIÓN

Entre los últimos diez o veinte años ha aparecido en el campo de la educación el discurso sobre la profesión y la profesionalización. Es un discurso tardío y extraño. No sé si hay alguna otra profesión en la que los que la ejercen se planteen, con tanto ahínco y tanta literatura, si son profesionales o no, si son artesanos o artistas, trabajadores o empleados, etc. No obstante, este discurso, de la mano de los sociólogos educativos, se ha introducido sin apenas cambios en el debate educativo.

A menudo he pensado en ese maestro de la República, freinetiano o comprometido con la escuela nueva de entonces, que era calificado por un campesino, después de 40 años, como “un obrero de la enseñanza”, y me he preguntado si este debate, ser o no ser un profesional de la enseñanza, no le haría reír a mandíbula batiente.

Lo cierto es que el debate existe -en algunos ámbitos- y la mejor manera de enfrentarse con él es cogiéndolo por los cuernos, aunque el toro sea de carton piedra. Y a eso vamos. El debate, si nos introducimos los que provenimos de la enseñanza, debe desarrollarse superando ciertas visiones o imágenes culturales. Por ejemplo, la que viene de la sociología, que una y otra vez se remonta a nuestros orígenes y nos muestra como intermediarios, agentes de la reproducción social o del mercantilismo social. Se olvidan así de nuestros espacios de libertad y de nuestra resistencia, avalada históricamente. O el tópico que proviene de la psicología y de la pedagogía, que tampoco nos ha hecho mucho bien, que nos muestra envueltos en un halo heroico y servicial.

Tanto si hablamos de profesionalidad (o sea, de las características y capacidades específicas que hemos de poseer) como si hablamos de profesionalización (es decir, el proceso socializador de adquisición de esas características) hemos de hacerlo rompiendo con esas imágenes tradicionales un tanto difusas.

Por otra parte, quiero insistir de nuevo (aunque aquí lo haga por vez primera) que si alguien que se ha dedicado históricamente a maltratar al profesorado son los periodistas y los sociólogos de la educación. Los primeros, porque en el fondo nos dedicamos a lo mismo: extender el saber que buenamente poseemos (que no es mucho); y los segundos, porque para referirse al profesorado suelen utilizar calificativos muy extemporáneos: comerciante al por menor, vicario de los valores de la clase media, intermediario desgarrado, figura trágica en la historia de los pueblos, extraño sociológico, etc (este ramillete ha sido escogido de entre la producción de los sociólogos más reconocidos).

Son estos últimos, los sociólogos, los que nos proporcionan el tema más jugoso para el debate. Unos, analizan la profesión dentro de la sociología de las profesiones y por tanto aplican el baremo de las profesiones liberales nacidas a finales del siglo XIX. Este concepto neoliberal tecnocrático, llevaba a definir las profesiones por una serie de categorías, lo que se llama el modelo de rasgos o taxonómico. Si reúnes todas las características (que además los sociólogos tampoco se han molestado en acordar) eres un profesional, si no las reúnes eres un semiprofesional, o quizás no eres nada. La enseñanza, de manos de ese discurso de ciertos sociólogos, se queda en semiprofesional. Y así lo publican y lo enseñan.

Más tarde, a partir de la década de los ochenta, aparecen los sociólogos críticos que cuestionan ese concepto taxonómico por poco dinámico, funcionalista, determinista, ahistórico y descontextualizado, y, desde una justificación histórica y social, abogan por un concepto más fenomenológico de profesión como proceso, situada en un contexto democrático, de valores contradictorios entre los individuos y el progreso social.

Pero otros críticos argumentan también que ser profesionales es asumir unas cotas de poder peligrosas en una democracia social, ya que se toma la profesión como prepotencia de unos que asumen un poder incuestionable, o como una técnica que es patrimonio de unos pocos.

Y mientras tanto, de los implicados en la enseñanza, son muy pocos los que opinan, pocos los que se introducen en el debate de si somos o no somos profesionales. Pero sin embargo, la mayoría asume que, al margen del debate ideológico, sí que nos configuramos como grupo que tiene mucho en común y por tanto nos resulta fácil declararnos profesionales al servicio de..., desde luego no de la burocratización y trivialización de la enseñanza. Profesionales, no para caer en una retórica sin atisbos de reflexión crítica y apegados a imágenes culturales transnochadas. Sino que somos conscientes que trabajamos con unos contenidos y unas responsabilidades profesionales imprecisas, pero que por lo mismo desarrollamos una serie de capacidades y habilidades especiales (el conocimiento pedagógico especializado, y no únicamente el mero sentido común), que sabemos que estamos inmersos en la dinámica del mercado y que, queramos o no, estamos ligados a un grupo laboral.

Al releer lo anterior no puedo evitar tener la impresión de que discutimos sobre lo mismo desde hace mucho tiempo. Por ejemplo, un clásico de la sociología de las profesiones decía, allá en 1932, que hay que dotar al profesorado de autonomía, elaboración de un código profesional y una motivación moral positiva. Y en eso aún estamos.

¿PROFESIONALIZACIÓN O CULTURA PROFESIONAL?

Al hablar de profesionalización, preferiría hacerlo desde un concepto de cultura profesional basado en valores morales y políticos. Tratar el campo de la enseñanza desde la cultura profesional es tratarlo desde el dinamismo, desde lo social y multidimensional; y por otra parte, acerca la profesión a la incertidumbre de todas las profesiones, ya que cada vez es más difícil describir la propia actividad laboral y la valoración que se le da en el mercado de trabajo.

La cultura profesional nos permite analizar la profesión desde lo cognitivo, lo colegial y lo moral como atributos que le son propios. Si analizamos la cultura profesional, podemos hacerlo desde diversos puntos de encuentro.

El magisterio es una actividad laboral y pública

Está claro que estamos sujetos a un horario y un calendario, que cobramos una nómina, tenemos un patrón... y también que trabajamos para toda la población y que lo que enseñamos es de dominio público, no poseemos ningún monopolio y menos aún el del saber. Otra cosa es si los poderes públicos nos condicionan sobre manera, si somos funcionarios, empleados, burócratas o asalariados, si somos o no una profesión tutelada, etc.

Existe un cuerpo de conocimientos

Se supone que los que nos dedicamos a enseñar tenemos, además del conocimiento pedagógico vulgar que comparte toda la sociedad, consecuencia de su socialización educativa durante muchos años, un conocimiento especializado pedagógico. Si no fuera así, cualquiera podría dedicarse a la enseñanza. Otra cosa es que no quede claro qué tipo de conocimiento, qué enseñan en las escuelas de magisterio, quién selecciona los contenidos del saber, etc.

Existe un compromiso con los usuarios

Que son los alumnos y los padres. Obsérvese que hablo de usuarios y no de clientes. Con nosotros usan una determinada cultura, y nos comprometemos con ellos para unos determinados fines sociales.

Existe una responsabilidad social

Las profesiones se legitiman en el contexto social, y más aún la nuestra. Tenemos una gran responsabilidad social con los usuarios y en ella confluyen intereses sociales, políticos y económicos.

Y APARECE EL ESPECTRO DE LA DESPROFESIONALIZACIÓN

Desprofesionalización o proletarización, como también suele ser llamada en función del matiz ideológico del autor correspondiente.

Para no caer en análisis ya conocidos, intentaré darle un nuevo enfoque. En primer lugar, para ser coherente con lo que argumentaba en el apartado “¿profesionalización o cultura profesional?”, prefiero hablar de cultura profesional y por tanto, en este caso, habría que decir aculturación profesional. En segundo lugar, quizá el discurso y la práctica haya de pasar por llevar a cabo una reprofesionalización, con la paradoja de reprofesionalizarnos antes de que se nos haya considerado, en el olimpo social, profesionales.

Lo cierto es que el debate es urgente en una época en la que los servicios públicos (y la enseñanza hemos quedado en que lo es) se ven discutidos por ineficaces, cuando empieza a ser alarmante la despreocupación por la escuela y por las cotas de calidad necesaria, la ausencia de control democrático y la carencia de tiempo para pensar y reflexionar en los centros educativos.

Por otra parte, hay que tener en cuenta también las recompensas profesionales que se derivan de la participación en esta profesión y cómo se introducen elementos aculturales en ella.

En primer lugar tenemos las recompensas extrínsecas, o sea, todo lo que proviene del salario, status social, poder social. Aquí encontramos graves agravios comparativos entre los que se dedican a la enseñanza. Según la etapa, estas recompensas son muy diferentes. No existe distribución igualitaria. Ello implica que son más proletarios los que desempeñan su profesión en etapas con alumnos más pequeños, y que los privilegiados estarían en la Universidad. ¿Dónde queda el discurso del cuerpo único?. ¿Dónde está la reivindicación de la misma titulación de base?. Así pues, la cultura extrínseca provoca la dependencia de unos, con prestigios diversos y algunos más declinantes que otros.

Y además, dentro de cada uno de estos grupos podríamos analizar el rol de la mujer. Compone la mayoría en uno, precisamente el más proletario, es ampliamente minoritaria en otro, curiosamente el más privilegiado. La mayoría del colectivo de la enseñanza es femenino. Esto no es en sí mismo ni bueno ni malo, pero sí lo hace diferente a otras profesiones. Introduce características especiales aunque sólo sea por el predominio de uno de los dos sexos. Pero aparco este aspecto por temor a desviarme del asunto que trato. Es posible que no haya suficientes gratificaciones morales para modificar la composición del colectivo.

En segundo lugar tenemos las recompensas psíquicas o, siguiendo la terminología anterior, intrínsecas. Es decir, todas aquellas recompensas subjetivas que uno siente cuando está en el centro, en el aula, etc. No hace falta leer las revistas profesionales, sólo mirar alrededor, para ver cuánta desestructuración psíquica, cuánto abandono de la administración a los problemas de tanta gente, que por la enseñanza o por otras causas introducen la cultura del aislamiento, de la atomización, de la guerra sucia, del ahí te apañes...

En tercer lugar aparecen las recompensas subordinadas, que son a las que la sociedad da más importancia: las vacaciones, los horarios, las condiciones de trabajo, etc. Actualmente, estas supuestas recompensas sirven más para disuadir que como reforzamiento. Y es que desde dentro, se constata que las condiciones laborales son duras, muchas veces esa fábrica que es el centro educativo tiene unas condiciones ambientales inadecuadas. Y para colmo, si quiero mejorar mis condiciones económicas tengo la obligación de hacer unos cursos de formación, acumulando horas. Provocan así una separación del compromiso profesional y la satisfacción en el trabajo, reforzando la experiencia personal y el aislamiento. En lugar de introducir una cultura en la que la formación es parte intrínseca de la profesión, nos introducen en una cultura del mercantilismo, "tanto haces tanto te pago". Es cierto, tienes la libertad de no formarte, no importa, simplemente no cobrarás los sexenios, aunque eso sí, aunque no estés formado, podrás continuar trabajando en la fábrica. La cultura del aislamiento y la rutina te favorecerá. Y todo ello beneficia a los que se comprometen poco y facilita el trabajo a los no solidarios.

La formación se convierte así en un instrumento mecánico y aislado de aplicación y reproducción, con competencias únicamente de aplicación pedagógica técnica, provocando un aislamiento profesional que tiene como consecuencia, en la formación permanente, una actitud pasiva: esperar las soluciones de los expertos y una mayor inhibición en los procesos de reflexión y de cambio, tanto en la práctica individual como en la colectiva, participando de forma acrítica en procesos de diseño organizativo y curricular.

La única forma de crear una cultura profesional y de luchar contra esa creciente desprofesionalización o aculturación, que nos abocará al desprestigio total y al desamparo social, es superar la inestabilidad del colectivo, demandar más incentivación laboral pero no mediante aspectos fundamentales de la profesión como puede ser la formación, sino recuperando debates perdidos y luchando contra una cultura pedagógica llena de misticismos, de soledad educativa, de escasa formación inicial, de jerarquización y burocratización creciente, de falta de control, de desvalorización por parte de los padres...

Hemos de mejorar nuestro autoconcepto profesional, y eso no pueden otorgárnoslo desde fuera, ni la administración ni los sociólogos; o lo hace el colectivo, individuo por individuo, o nadie lo hará por él.

Para acabar, quisiera decir que hemos de pasar de una cultura pedagógica del bricolage a la coherencia de unas determinadas funciones profesionales, superando la indefinición profesional y la dependencia de otros. Hemos de ser capaces de descubrir el conocimiento y de autosuministrarnos las herramientas del oficio, de dotar a nuestra profesión de una cultura colegial basada en proyectos comunes (¿Qué profesional del campo social trabaja hoy en día en células y aislado?) Y qué decir tiene que mejorando las condiciones laborales mediante un salario digno, con recursos y medios adecuados y una promoción profesional discutida en el colectivo, compaginando la lógica del mérito individual y la colectiva.

Hoy día, el ambiente de desconfianza en el sistema educativo encuentra a un profesorado en posición difícil e incómoda y por tanto, en vías de proletarización por la ansiedad que le provoca. Ello hace que el profesorado empiece a prestar poca atención a las reformas o que las acepte de manera pasiva o confiando que otros, situados más arriba, se encargarán de facilitarles el trabajo.

Necesitamos efectuar, entre todos, una nueva reconceptualización de la profesionalización, o, mejor dicho, de la cultura profesional de la enseñanza.